

Se admiten suscripciones para fuera de esta capital al precio de UNA PESETA el trimestre.
Pago adelantado.

¡VERÁN USTEDES!

Número suelto 5 céntimos.
—Número atrasado 25 céntimos.—Precio para vendedores, 75 céntimos la mano de 25 ejemplares.—Anuncios, precios convencionales.

Periódico original escrito con mucha sal y muchísima intención,
para dar la desazón á Cánovas y Pidal.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CASTELLÓ, 12, SEGUNDO IZQUIERDA.

AÑO I.

MADRID 16 DE FEBRERO DE 1885.

NÚM. 3.

¡JÁ, JÁ, JÁ!

El gobierno canovista pidalino-clerical y ultramontano-grotesco, ha dado una prueba más de sus nobles intenciones y de su *barbidad*. (No sé si en el diccionario han introducido ya esta palabreja, pero es mi objeto demostrar que el gobierno canovista es un gobierno *barbián*).

El gobierno canovista pidalino-clerical y ultramontano-grotesco, ha tenido la bondad de disponer se nos forme una causa criminal; y nos parece muy bien esta manera de obfar, y muy digna del gobierno pidalino-clerical que, como hemos dicho antes, es un gobierno *barbián*.

El número dos de este semanario original, fué recogido hace días de orden de la autoridad. El martes último fuimos al juzgado á declarar, preguntaron, contestamos —como era natural— y, por fortuna, no hubo desgracias que lamentar.

¡Oh gobierno canovista pidalino-clerical y ultramontano-grotesco! la redacción del ¡VERÁN USTEDES! sabe muy bien lo que se debe esperar de tus hombres; sin mirarte su camino seguirá... ¿Que tropieza y se hace daño?... Pues paciencia y barajar... Tras la noche viene el día; no ha de ser eterno el mal... ¡Cómo nos reímos, cómo, al ver tu... *barbidad*! (Ya sabes que esta palabra se deriva de *barbián*). ¡Hasta el próximo tropiezo! ¡Adios, adios!... ¡Já, já, já!...

PIGMEO.

SECCIÓN POLÍTICA.

MÁSCARAS Y MASCARONES.

Revista político-carnavalesca en un acto y cinco cuadros.

PERSONAJES.—Cánovés.—Tejado.—Silbido.—Cosgallina.—Antequiero.—Geráneo.—Curriyo.—Alejandro.—Pepe.—Mateo.—Pueblo.

—Periodista chino.—Un criado.—Cristina.—Segismunda.—Emilia.—Pura Democracia.—Máscara 1.^a—Máscara 2.^a—Máscara 3.^a—Máscara 4.^a—Esperanza.—Estudiantina.—Máscaras diversas.—Comparsa de niños.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Salón-comedor. En el centro mesa grande con platos, botellas, manjares etc. En medio de la mesa una gran sopera con un letrero que diga «Presupuesto.» Los comensales sentados alrededor de la mesa. El sitio preferente lo ocupa Cánovés.

ESCENA I.

CÁNOVÉS, TEJADO, SILBIDO, COSGALLINA, ANTEQUIERO, GERÁNEO, CURRIYO, ALEJANDRO Y PEPE. *Se disponen á empezar la comida.*

CAN. Señores, sirvanse ustedes como siempre, sin cumplidos.

TEJ. Voy á complacerle á usted. *(Sirviéndose.)*

SILB. La verdad es, buen amigo, que tengo un hambre feróz. *(Sirviéndose.)*

COSG. Yo también... *(Se sirve.)*

CAN. ¿estás desganado? Vamos, Curriyo,

CUR. No; todo lo contrario, chico. *(Se sirve.)*

GER. Con el paseo de hoy se despertó mi apetito de tal manera... *(Idem.)*

ALEJ. Lo creo; á mí me pasó lo mismo. *(Sirviéndose.)*

¡Oh! como hubiese encontrado un mesón, un ventorrillo, una casa de comidas...

CAN. ¿Qué hubiera usted hecho, amigo?

ALEJ. Ya puede usted figurárselo: ¡atraccarme de lo lindo! *(Risas. Los comensales restantes se sirven.)*

PEPE. *(A Alejandro con ironía.)* ¿Qué lástima, hombre, qué lástima!

Perder así el apetito... debe usted tomar amargos.

ALEJ. *(A Pepe, en el mismo tono.)* Gracias, no los necesito por ahora; si algún día me hiciesen falta, de fijo tendría que ir á su casa.

PEPE. ¿Para qué?

ALEJ. Para pedirselos.

PEPE. No lo entiendo...

ALEJ. Es muy extraño que no me haya usted entendido.

Usted que es tan perspicaz... que tiene fama de listo...

fama justa, por supuesto.

PEPE. *(¡Qué hipócrita es este tío!)* Ha debido comprender...

PEPE. *(Enfadado.)* Pues hombre, no he comprendido.

ALEJ. Que es justo pida yo amargos á quien los tiene...

PEPE. Ciertísimo; mas como yo no los tengo...

ALEJ. ¡Sea usted franco, amiguito; todos saben que el asunto

de los Estados-Unidos le ha proporcionado ratos muy amargos... ¡amarguísimos! ¡Si ha tomado usted el acibar en dosis de medio kilo! *(Todos se rien menos Pepe. Alejandro cambia de tono.)* Es una broma... Supongo que no se habrá usted ofendido, don José...

PEPE. ¡De ningún modo! ¡Ya ve usted como me rio! *(Ríese forzosamente.)*

CAN. Alejandro es muy bromista...

PEPE. *(Te prometo chupa-cirios que me las has de pagar.)*

SILB. Tiene mucho *chic*...

PEPE. ¡Muchísimo!

CAN. Mientras ustedes hablaban nosotros hemos comido, y, por tanto, disfrutado de dos goces infinitos; goce material el uno, goce el otro del espíritu.

ALEJ. Tiene usted mucha razón. Vamos, don Pepe, es preciso recuperar al instante todo el terreno perdido.

PEPE. De eso trato... *(Alejandro y Pepe comen con precipitación.)*

CAN. Por mi parte no quiero estar inactivo.

Voy á servirme otro trozo de país... ¡Está bien frito!...

CUR. Yo encargué á los cocineros que cuidasen de freirlo todo lo posible; sé que así te gusta...

CAN. Curriyo, muchas gracias.

CUR. No hay de qué.

TEJ. También yo encargué lo mismo.

SILB. Yo también.

COSG. Y yo.

GER. Y yo.

ALEJ. En fin, todos.

CAN. Pues, repito á todos, lo que le dije hace un momento á Curriyo.

Muchas gracias, muchas gracias señores. Me felicito nuevamente de teneros á mi lado. Yo confío en que hemos de estar así... en armonía... reunidos alrededor de esta mesa, muchos años...

ALEJ. ¡Jesucristo le oiga y haga se realicen esos dulces vaticinios!

CUR. Pues yo te aseguro, Antonio, que mientras esté Curriyo en esta casa, el país

lo has de comer tú bien frito, porque he de cuidarme...

ALEJ. Todos cuidaremos de lo mismo.

(Asentimiento general. Pausa durante la cual comen todos.)

CAN. Les aconsejo que prueben estos pollos, son riquísimos...

¡Qué sabor tan agradable! No recuerdo haber comido carne más tierna...

COSG. Sin duda serán pollos jovencitos...

CAN. Jóvenes son, en efecto;

me los regaló un amigo que se llama Villaverde...
 COSG. Ya le conozco; es buen chico.
 CAN. Y mis cocineros han hecho un excelente guiso á la Olivera...
 ALEJ. ¡Jesús, si es mi plato favorito! Permitame usted que pruebe manjar tan delicadísimo! *(Se sirve.)*
 CUR. *(A Canovés.)* ¿Quiéres otro periodista?
 CAN. Venga... Con este van cinco. Es plato que no me cansa.
 ALEJ. ¡Oh! es un plato exquisito...
 CAN. La salsa de calabozo sienta muy bien á estos bichos.
 ALEJ. Creo que estarían mejor con salsa de cuatro tiros.
 CAN. Pues ya diré que los pongan del modo que usted ha dicho!
 ALEJ. Le han de gustar.
 CAN. Ya lo creo. Un día con ese aliño me comí yo un par de aves cazadas por un amigo en Santa Coloma.
 ALEJ. Ya recuerdo; usted me lo dijo.
 CAN. ¡Y que me chupé los dedos! *(Pausa corta.)* *(A Pepe.)* Pruebe usted estos pepinillos; están muy bien conservados; me los regaló un mestizo de las provincias del Norte.
 CUR. *(A Pepe.)* Pero, hombre, ese Dionisio nos ha puesto en un apuro...
 PEPE. ¡Calle usted, por Dios, Curriyo! Desde que se supo el lance estoy hecho un basilisco. Yo fui débil... lo confieso... pero ¿qué iba á hacer? El chico necesita cuartos, como cada hijo de vecino... Vió diez mil pesetas, y... ¡figúrese usted el brinco que daría!
 CUR. ¡Vaya un salto!... Yo hubiera hecho lo mismo.
 PEPE. ¡Y yol...! Si no puede ser más natural lo que hizo! Los que critican la venta lo hacen—¡es claro!—movidos por la envidia...
 TEJ. *(A Geráneo.)* ¿Qué tal vamos de cintas, de cordoncillos, de botones, de costuras y de pespuntos?
 GER. Medito grandes modificaciones que han de ser de positivos resultados; por lo pronto haré que en los calzoncillos se coloque la abertura por detrás; así los quintos podrán aprender la táctica en menos tiempo. Los vicios de que adolece el ejército me tienen muy pensativo, pero tengo confianza en todos mis específicos. Una cuarta más de paño, un botón, un dobladillo, la hechura de un pantalón, la consistencia del hilo... en fin, todas esas cosas en que yo al punto me fijo, sirven para precaver y evitar ciertos peligros...

ESCENA II.

DICHOS. CRIADO por la puerta del foro.

CDO. *(Desde la puerta.)* Señor...
 CAN. *(Alzando la voz.)* ¡Señor!
 CAN. *(Volviéndose rápidamente.)* ¡Qué! ¿Qué pasa?
 CDO. Que don Mateo ha venido con tres señoras.
 PEPE. ¿Son jóvenes?
 CUR. ¿Son guapas?
 CAN. Pero, ¡Curriyo!...
 CAN. *(Al criado.)* ¿Quiénes son esas señoras? ¿Las conoces tú? ¿Te han dicho sus nombres?
 CDO. No los dijeron;

pero yo aquí las he visto muchas veces... Una gasta anteojos...

CAN. Ya imagino quién puede ser.
 CDO. Y la otra tiene un lunar en tal sitio *(Señalando á la izquierda de la boca y al punto en que se unen ambos labios.)*
 CAN. Vamos; ya sé quiénes son; que pasen todos...
 CAN. *(El criado hace una reverencia y desaparece.)*

ESCENA III.

DICHOS, ménos el CRIADO.

CAN. He dicho que pueden pasar aquí, porque ya hemos concluido de comer, y como quiera que los platos están limpios...
 CUR. ¡Más limpios que una patena!
 CAN. Se ahorra uno el compromiso de invitarlos.
 ALEJ. Y el dolor de que acepten, pues de fijo aceptarían.
 CAN. Es gente que no repara en pelillos, y sobre todo Mateo, el tal Mateo es un tipo que por comer es capaz de abofetear á Cristo.

ESCENA IV.

LOS ANTECEDENTES. MATEO, CRISTINA, EMILIA y SEGISMUNDA por el foro.

MAT. ¡Oh señores!
 CAN. *(Levantándose y yendo al encuentro.)* ¡Tanta honra para esta humilde vivienda! *(Todos se levantan y contestan con inclinaciones de cabeza á los saludos que en la misma forma hacen los recién llegados.)*
 CAN. *(Estrechando las manos de los que va saludando.)* Salud al afortunado mortal, y á las tres bellezas que le acompañan...
 MAT. *(A Canovés.)* Salud al fénix de la elocuencia.
 CAN. *(A Segismunda.)* Usted tan encantadora como siempre.
 CAN. *(A Cristina.)* Usted tan bella como de costumbre...
 CAN. *(A Emilia.)* Emilia, la encuentro á usted...
 CUR. *(Muy flamenca.)*
 CAN. Tomen ustedes asiento, señoras mías...
 CAN. *(Adelantan Mateo y las señoras hasta colocarse delante de la mesa. Se sientan éstas. Los comensales formados en grupos en último término, aparentan hablar.)* Quisiera hallar frases que pudiesen dar á conocer la pena que siento en este momento al notar que ustedes llegan en el instante preciso en que ha terminado nuestra frugal comida. No puedo explicar lo que me afecta...
 MAT. Pero, ¡per Dios, don Antonio! ¡para el diablo que te creal! no sufra usted por tan poca cosa... ¡Valiente simpleza!
 CRIS. En nombre de la amistad, le suplico á usted no vuelva á hablar del asunto.
 SEG. Y yo le hago igual súplica...
 EMIL. Idéntica á las anteriores, es la mía...
 CAN. Juro obediencia, porque esas súplicas son para mi orden severa.
 MAT. Ya sabe que entre nosotros hay amistad y franqueza; si no hubiésemos comido lo diríamos, ¿no es esta la verdad?
 CAN. *(Cristina, Segismunda y Emilia hacen signos afirmativos.)*

Pero hace poco que comimos... (Sí, friolera; quince meses hace ya que no como... ¡Santa Tecla!)

CAN. Si es así, me tranquilizo.
 MAT. ¡Lástima no te murieras!...
 CAN. *(Echando una ojeada á la mesa mientras Canovés aparenta hablar con las señoras.)* ¿A que no han dejado ahí ni una misera chuleta?...
 CAN. ¡Cál... ¡ni agua!... ¡qué Heliogábalos! *(A Canovés.)* Hombre, á propósito, estas señoras quieren pedirle un favor...

CAN. ¡Oh! Los que quieran.
 MAT. Yo explicaré sus deseos...
 CAN. Yo prometo complacerlas.
 MAT. Esta noche, en el Teatro, tiene lugar una fiesta muy original.

CAN. Es cierto; de once á cuatro se celebra un baile de trajes y un certámen de bellezas. La gente de buen humor que en nuestra bendita tierra abunda tanto, ha tenido esa feliz ocurrencia, para hacer más grato el último día de Carnestolendas.

MAT. Pues bien; las señoras quieren asistir á esa gran fiesta.

CAN. Deseo muy natural; son las tres á cuál más bella.

LAS TRES. *(Fingiendo ruborizarse.)* ¡Jesús! ¡Tiene usted unas cosas!

CAN. Y son á cual más modestas. ¡Cuántas van á llorar hoy de despecho y de vergüenza al ver esos hechiceros rostros...

CAN. *(Vuelven á fingir rubor.)*

MAT. Bien, pero quisiera que usted nos facilitara las oportunas tarjetas. Puesto que usted es director del Gran Teatro, en la época presente, le será fácil...

CAN. ¡Ya lo creo! Bueno fuera que no complaciese yo á tan ilustres doncellas! Pasemos á mi despacho y quedará satisfecha esa justa petición que me honra sobremanera.

CRIS. ¡Oh! gracias...

SEG. ¡Gracias!

EMIL. ¡Mil gracias!
 CAN. *(Levantándose y dirigiéndose hacia la derecha.)*

CAN. ¡Oh, no merece la pena...
 CAN. *(Saludan á los de los grupos y éstos corresponden.)* En cosas de más valía quisiera yo complacerlas...
 CAN. *(Vanse los cinco por la derecha.)*

ESCENA V.

Los ocho personajes que han quedado en la escena, adelantan hacia el proscenio. Se supone que algunos dicen en voz muy baja chistes relativos á las señoras de la escena anterior. Risas. Algunos se sientan. Permanecen otros de pie parados ó paseándose.

CUR. ¿Han visto ustedes, señores, qué flamenca está Cristina?

PEPE. Pues Emilia está divina.

SILB. ¿Y los ojos seductores de Segismunda Moreto nada valen?

COSG. ¡Qué muchacha! linda, jovial, vivaracha... me vería en un aprieto si yo tuviese que dar mi voto á la más hermosa.

TEJ. *(A Cosgallina.)* Y si á la más candorosa tuviese usted que votar, ¿para cuál de ellas sería el voto?

COSG. La solución de esta última cuestión héla aquí: no votaría. El candor de esas deidades hace tiempo que... voló. *(Risas.)*

SILB. Pero, hombre... ¿Quién le enteró de esas minuciosidades?

COSG. ¡Já... já... ja...! ¡Toda la gente! desde el más torpe al más pillo saben que...
(A Curriyo haciendo una demostración picaresca que provoca la risa de todos.)
¿Verdad, Curriyo?

¿Verdad que sí?...
SILB. ¡Maldiciente!

CUR. Sé que en la verdad se funda cuanto ha dicho Cosgallina;
(A Silbido.)
¿fuese usted de Cristina, de Emilia y de Segismunda! Muchos años hace ya que las conozco, y que sé ciertas aventuras de esas damas...

SILB. ¡Claro está!

Usted, tan aficionado á indagar ajenas vidas y á buscar frutas prohibidas en el ajeno cercado, debe estar muy al corriente en historias amorosas; ¿usted sabe muchas cosas!... (¡Chúpate esa!)

CUR. ¡Qué ente! ¿ente más estrafalario!... si me atuvo vas á ver lo que te va á suceder...
(A Silbido.)

Nada hay de extraordinario en lo que yo he dicho antes; hablé con franqueza ruda... siempre la verdad desnuda asusta á los ignorantes!

SILB. (Con acritud.)
¡Ignorantes!... Desearía que usted me explicase...

GER. (Interviniendo.) Vamos, señores... ¿verdad que estamos en la mejor armonía?
(Asentimiento general. Todos rodean á Curriyo y á Silbido.)

CUR. ¿Quién lo duda? Si aquí todos pensamos de igual manera...

SILB. Nuestra amistad es sincera...

CUR. Nunca de diversos modos apreciamos un asunto.
¿Qué unión tan grande! No es broma; basta que uno diga «coma...»

GER. (Para que otro diga «punto.»)

SILB. ¡Ciertamente!

CUR. (Mirando al reloj.)
Tarde es ya; ¿nos marcharemos?

GER. Por mí, cuando ustedes gusten.

CUR. ¿Sí?

GER. Pues vamos.
¿Qué pasará ahí adentro? La entrevista se prolonga...

CUR. No es extraño; á los recuerdos de antaño estarán pasando lista. Conque, vaya, caballeros, á gozar del Carnaval; á vestirse cada cual. Vámonos de aquí ligeros. Ya se perciben las voces, escuchad... ¡qué algarabía!
(Se oyen gritos y carcajadas de máscaras que se supone pasan por la calle.)
CUR. ¡Viva, viva la alegría!
(Voces atipladas de máscaras gritan dentro.)
¿Me conoces? ¿Me conoces?
Cae telón de calle.
(Se concluirá.)

¡SEA USTED DECENTE!

Pero ¡qué romo es usted, señor Romero, qué insulso! ¿A qué vienen esos gestos alusivos á un tribuno, que para mirarle usted, antes debe usted con pulso limpiarse muy bien los ojos, porque los tiene muy turbios? Pues no es nada lo del ojo, y lo llevaba en el puño.
Apenas, hombre... atrevido, que se eleva como el humo, por más señas, andaluz, buena dentadura y rubio,

se atreve ante un Castelar, cuya fama es en el mundo notoria... se atreve el... vamos, á hacer gestos de mal gusto con visos de mofa... ¡Tonto! Sólo le queda el recurso que al mono: hacer el ridículo y provocar con absurdos risa, lástima ó desprecio, y otras cosas que no apunto.
Joven, sea usted decente, y sobre todo ante un público.

CLORO.

MENUDENCIAS.

El personal encargado de recoger ejemplares del número denunciado, hizo, según me han contado, hazañas muy singulares.

Parece que los agentes anduvieron diligentes en repartir pescozones.
¡Oh campeones valientes!
¡Oh valientes campeones!
Admiro vuestro valor; el pegar á los chicuelos os ha cubierto de honor...
Sois más valientes ¡oh cielos! que el célebre Campeador.

Seis navajas de afeitar ¡ay Dios! se han estropeado, al rasurar ayer tarde al joven Cristino Martos.

Cánovas está que bufa, y Romero está que embiste, y Pidal está que trina...
¡Vaya, que ustedes se alivien!

En el siglo de las luces se inventan cosas muy raras; por ejemplo, monigotes para servir de pantallas.

En la boca de Romero puso un pianista sus manos porque creyó que sus dientes eran teclas de piano.

Descubrimiento importante: el general Requesón en vez de cabeza tiene un melón.

Ya por el Oriente asoma la luz de la aurora bella, y hacia el Occidente huyen con rapidéz las tinieblas.
Ya se iluminan los campos, ya los pájaros despiertan, y van los trabajadores alegres á sus faenas.

El murmullo del arroyo que en el valle serpentea, los cánticos de las aves que en el espacio se elevan, el perfume de las flores que matizan la pradera, el color azul del cielo y el verdoso de la tierra, hacen exclamar al hombre que tales cosas observa:
—¡Oh! qué preciosos serían los días de primavera si en el mundo no existiesen la maldad y la simpleza, el cinismo, la ambición, el crimen, la desvergüenza...
¡Oh qué preciosos serían los días de primavera si no hubiese canovinos, si fusionistas no hubiera, si no existiesen los zurdos, si los carcas no existieran, y si no hubiese monarcas, ni templos, ni gente negra!

Denunciado *El Porvenir*, y denunciado *El Progreso*, y *El Defensor de Granada*...
¡Hombre, si estamos al pelo!

Caballero don Raimundo...

¡Caballero!...
Nuestro número primero que no fué, como el segundo, denunciado, ha sufrido suerte igual á la de éste, puesto que lo han recogido...
Espero que me conteste si esto es justo y razonable.
¡Hable, hable!...
Caballero don Raimundo...
¿Quién ordenó á los agentes una cosa tan injusta?
¡Se ven cosas en el mundo!...
¡Hay en el mundo unos entes!...
¡Vaya, vaya!... ¡Pues me gusta!...
El lance tiene salero...
¡Quitar á los vendedores nuestro número primero! Diganme ustedes, señores: ¿Qué delito ha cometido el número mencionado? ¿Y por qué lo han recogido si no ha sido denunciado?...
¡Caballero! la contestación espero.

—¿Ha visto usted á Pidal?
—Me parece que le he visto en la Historia Natural.

Los infelices obreros, hambrientos, extenuados, fueron hace pocos días en demanda de trabajo hasta la puerta de entrada de un magnífico palacio.

Los infelices obreros, silenciosos, cabizbajos, delante del régio alcázar con respeto se pararon; y Oliver llegó al instante con un batallón de vándalos, como diciendo:—Aquí estoy para armar el zafarrancho.

Los infelices obreros con afán solicitaron ver al monarca español, para pedirle trabajo....

Los balcones del alcázar permanecieron cerrados; el rey no pudo asomarse por motivos que ignoramos...

A mí me parece que no hacen falta comentarios.

Con verdadero placer, damos gracias expresivas á los queridos colegas de Madrid y de provincias que se han ocupado de nuestra reciente *cogida*.

Mucho, mucho agradecemos las frases que nos dedican; cuenten todos ellos, con nuestra eterna simpatía.

La cosa, señores, no tiene malicia como puede verse por esta noticia:
«Anteayer ha sido preso el director de *El Progreso*.
Cuando las barbas de tu vecino vieres pelar, debes al punto poner las tuyas á remojar.

JUAN CUALQUIERA.

SECCIÓN ANTI-CATÓLICA.

¡HOMBRE!...

¡Pero qué chirigotero es usted, señor Pidal! No sé quién tendrá la culpa para que sin más ni más denuncien el «Yo no creo» que á más de ser la verdad, á mi parecer, no tiene nada de particular... ¡y que el fiscal se me ponga

más terrible que un fiscal!..
¡Vamos! no tiene razón,
Don Alejandro... además
usted pensará lo mismo,
aunque con otro disfraz,
verbigracia, el de organista,
monaguillo ó sacristán;
porque usted es un buen ministro
de esa gente clerical,
por supuesto: y es preciso
tener mucha habilidad
para demostrar á un pueblo
honrado, noble y leal
que la sotanésca grey
no explota á la humanidad,
ejerciendo así una industria
con capa de santidad.
¡Pero qué chirigotero
es usted, señor Pidal!
¿Se ha escandalizado usted
del «Yo no creo»? No tal:
porque usted tiene un talento...
un talento... regular...
aunque algo sofista, y de esto
ni usted ni yo ¡voto á san!...
tenemos la culpa, sino
Dios que no le dió á usted más
fósforo en ese cerebro
clérico-ministerial.
Si usted se ha escandalizado,
tiene usted poca alma... ¡bah!
¿No me ve usted á mí tranquilo,
que no me asusto jamás,
y eso que es usted ministro
y que lo hace usted tan mal?
¿No le ve usted á don Antonio
el bizco, que es muy capaz
de enviar al otro mundo
más de media humanidad,
cuando mira grave y pone
un gesto inquisitorial?
¿Y no ve usted á don Paco
(que es el mozo más barbián
al estilo de Frascuelo)
que cuando quiere, es capaz
de enviar aquí más cólera
que hay en el Asia? ¡Bah, bah!
Pues, si esto no le sorprende,
por vida de Barrabás,
(no es por adular á usted)
pero aquí, con claridad,
para *inter nos*, le diré
que es un ministro de cal
y canto, muy á propósito
para adornar un altar,
verbigracia, el de un convento.
¿Quiere usted que diga más?
¡Pero qué chirigotero
es usted, señor Pidal!

ENRIQUE.

EL CURA DE PUEBLO.

Con humor endiabado
deja el cómodo lecho abandonado,
y lo deja vacío,
ó lo deja ocupado
(que en esto hay diferentes opiniones).
Pónese con gran prisa
la negra vestidura
y el sombrero de grandes dimensiones;
entre dientes murmura;
tose, escupe, se suena las narices,
restrégase los ojos y va á misa.
— ¡Felices, señor cura, muy felices!—
exclaman los que encuentra en su camino;
y todos le saludan con respeto,
y él contesta al saludo
unas veces amable, otras mohino,
porque es el hombre absolutista neto
y emplea, sin temer que se le tilde
de adulator cobarde,
con los humildes el lenguaje rudo,
con los soberbios el lenguaje humilde.

Estamos en un pueblo; es primavera;
en el Oriente arde
el gran disco solar, y sus destellos
iluminan el monte y la pradera
con resplandores bellos.
Los pajarillos cantan,
los hombres y mujeres se levantan

de prisa, muy de prisa;
los hombres para ir á sus faenas
y ganar el sustento
á fuerza de sudores y de penas,
y las mujeres para ir á misa
á orar y murmurar con santo celo
según vieja costumbre inveterada.
¿Y qué ganan allí?—¡No ganan nada!
—¡Hombre, ganan el cielo!—dirá alguno.
Este *alguno* bien puede ser un *tuno*.
El que esto escribe, opina
que sería mejor ganar el *suelo*,
porque tiene en la mente
presente, muy presente,
lo que dijo Bartrina:
—«¿Y si luego resulta que no hay cielo?»

Mas volvamos al cura.
Este cura se llama don Ventura...
¡Buen acierto tuvieron
al ponerle ese nombre!
Sin duda presumieron
lo que iba á ser el héroe de esta historia.
Yo soy de parecer que todo hombre
que viste de sotana
debe llamarse así. ¿Hay en el mundo,
acaso, mayor gloria
y dicha más segura
que llegar á ser cura?
¡Quién lo pudiera ser desde mañana!

Entra el cura en la mina...
—esta *mina* es la iglesia, caballeros,
á mí me gusta designar las cosas
con claridad y nombres verdaderos.—
Múdase de disfraz y al punto empieza
ceremonia divina
compuesta de palabras misteriosas
dichas en idioma incomprensible;
continuos movimientos de cabeza;
gritos, llantos ó voces
de algún nene gracioso
que trae su madre para que haga el oso;
ruidosas pisadas
de piés que son muy dignos de dar coces;
estornudos frecuentes;
toses fingidas, toses naturales;
oraciones nacidas en los dientes...
sonidos guturales...
¿Es esto religión ó es tontería?
¿Es una gran virtud ó es un gran vicio?
Este *fervor* profundo,
esta inutil y nécia idolatría,
¿es para los mortales
un beneficio? ¿es un perjuicio?...
¡Bien se puede afirmar que es lo segundo!

Dice el cura la misa
con la misma atención y reverencia
que yo uso al ponerme la camisa...
de un modo rutinario...
porque ¡naturalmente!
ponerse la camisa y decir misa
son cosas que se hacen á diario,
ó sea diariamente,
y por cierto con gran indiferencia.
Después de terminado
ese acto sagrado,
se va á almorzar el cura
—suponiendo que no haya ya almorzado—
y luego á pasear por la pradera
á contemplar la *mágica hermosura*
con que el campo nos brinda en primavera;
ó se marcha á cazar; ó junto al río
pesca tranquilamente...
y lo cierto es que pesca con gran maña.
¡Oh, los curas!... No hay gente
que *pesque* como ellos en España.

Come con apetito
y suele echar la siesta el muy bendito.
Después vuelve á marcharse de paseo,
y toma chocolate y después cena,
y busca por la noche su recreo
jugando al dominó ó á la baraja,
echando tragos de la bota llena
de sabroso tintillo,
infalible elixir contra la pena;
comiendo alguna raja
de salchichón, ó algún chorizo crudo
ó trozo de cecina... ¡Pobrecito!
¡cuánto, cuánto trabaja,
y qué trabajo tan penoso y rudo!

Esta la vida es de don Ventura,

y esta la vida es de todo cura;
con las indispensables variaciones
que trae consigo el cambio de estaciones,
y según la importancia
del punto donde cobran
—léase al mismo tiempo *donde sobran*.—
Añádanse á ese cuadro los sermones,
bautizos, defunciones,
novenas, procesiones,
actos que bien merecen en conciencia
la calificación de *recreativos*
y que son además muy lucrativos,
y se tendrá una idea
de lo que es la existencia
de esos *negruzcos* séres...
Y oculto por prudencia
la parte más indigna... la más fea...
¡su invencible afición á las mujeres!

—¿Qué es un cura en sustancia?
—Es el símbolo fiel de la vagancia.

En más de una ocasión
me he preguntado:
—¿Podría el hombre honrado
vivir feliz sin templos, sin ficciones
impropias de los nobles corazones?
La idea es excelente aunque no nueva.
¡Sería conveniente hacer la prueba!

JUAN VERDADES.

ANUNCIOS.

AGUA DE CARABAÑA,

PURGANTE, REFRESCANTE, DEPURATIVA, ANTI-BILIOSA POR EXCELENCIA.

No se parece ni puede confundirse en sus efectos y resultados con ninguna otra agua ni productos; recomendada por los profesores de medicina que la han conocido.

No irrita ni produce dolores ni molestia alguna; se obtienen rápidas curaciones en las enfermedades del estómago, intestinos, hígado, bazo, mesenterio, etc., y en todas las afecciones herpéticas y escrofulosas del interior y exterior.

Ha obtenido cuatro grandes premios. Tres Medallas de Oro. Pídase la memoria científica.

Venta en todas las buenas farmacias y droguerías de España. Por mayor, Chávarri, Atocha, 87, Madrid.

AGUA DE COLONIA DE ORIVE

La más superior, la más aromática y la más barata. No hay otra que la iguale en aroma fino y delicado, bondad exquisita y baratura incomparable. Compíte ventajosamente con las de más fama de Inglaterra, Francia y Alemania; con la de Violet, Farina, Agua Florida y otras extranjeras. A igualdad de tamaño que las de más renombre, es tres veces más económica, siendo entre todas ellas la que lleva la palma. Por eso está hoy de moda en la corte, y es la que hace furor entre las gentes de buen tono, apreciadoras de los perfumes finos, delicados é higiénicos y por añadidura muy económicos, cualidades que reúne la superior *Agua de colonia de Orive*. El que usa una sola vez este acreditado perfume nacional es ya cliente seguro. Tonifica y suaviza el cutis librándole de asperezas, manchas y granos. Grandes botellas, de 3, 6 y 12 reales. De venta en toda farmacia y perfumería bien surtida. Exigir la inscripción de *Farmacia de Orive, Bilbao*, en el vidrio y en la cápsula, la firma S. DE ORIVE en blanco sobre verde y oro en la gargantilla del cuello y la marca de fábrica, y así se evita la falsificación.

LA ILUSTRACION POPULAR

REVISTA IBERO-AMERICANA.

Ayer se ha publicado el tercer número de esta interesante Revista, que dirigen los conocidos escritores Sres. Rodríguez-Solis y Luis A. de Neira.

Admite suscripciones, á una peseta cincuenta céntimos al trimestre, en la Administración, calle de la Bolsa, 5, 2.º

IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL,
Platería de Martínez, 1.